

## Luces y sombras de la *Perestroika*

Michael Heller, *El 7º Secretario. Esplendor y miseria de Mijaíl Gorbachov*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1991, 478 págs.

Vladimir Solovyov y Elena Klepikova, *Boris Yeltsin. Biografía política*, Emecé, Buenos Aires, 1992, 334 págs.

John Morrison, *Boris Yeltsin. De bolchevique a demócrata*, Editorial Norma, Bogotá, 1992, 448 págs.

En 1985 se lanza la *perestroika*. Dos años después daba comienzo la batalla entre quienes pusieron su sello personal a todo el proceso de reformas que, con fuerte dramatismo, culminó en uno de los acontecimientos claves de la historia de este siglo y, probablemente, cerró toda una época: la crisis final y la desintegración de la Unión Soviética. No sólo una revolución a nivel estatal, sino también la clausura de uno de los más audaces experimentos sociales de la historia, la finalmente fallida construcción del sueño comunista.

Mijaíl Sergeyeovich Gorbachov y Boris Yeltsin. Dos nombres para la agenda de un Plutarco posmoderno. Por ahora, más modestas, las tres polémicas biográficas que comentamos nos encaminan a una lectura de la tormentosa relación entre estos dos grandes políticos, nacidos en la tierra profunda de la Rusia campesina con diferencia de apenas un mes (Yeltsin, 1º de febrero; Gorbachov, 2 de marzo de 1931). Ambos experimentaron una dura infancia en lo más difícil del período estalinista, asistieron adolescentes a una despiadada guerra, se formaron como profesionales en el difícil proceso de transición al postestalinismo, fueron miembros del Partido Comunista y dirigentes de extensas regiones del país durante muchos años. Estos son algunos sugerentes caminos comunes.

Es relativamente fácil encontrar entre ellos similitudes, obvios paralelismos generacionales, los más de ellos superficiales. Porque de los años formativos surge ya una radical diferencia entre uno y otro. Gorbachov se construye, desde su infancia, en un hogar comunista, como nieto de un dirigente koljosiano de la primera hora de la colectivización forzada. Y de ahí en más, su carrera será hechura del Partido. Gorbachov es un auténtico hijo del aparato del PCUS, a quien se lo debe todo, y del que aprendió el muy difícil oficio de la sobrevivencia y del ascenso en la pirámide del poder. No hay vericuetos de la *nomenklatura*, por florentino que sea, que Gorbachov desconozca. En especial, el arte de tener padrinos adecuados en lugar y momento oportuno—Kulakov, Suslov, Andropov, y hasta el último "hacedor de reyes" del Kremlin, el duro e impenetrable Andrei Gromyko—y, también, el de saber callar y obedecer en espera de la oportunidad.

Muy otra es la historia de Yeltsin. Su familia campesina, extremadamente pobre, no sólo sufrió las tribulaciones de la más extrema miseria, sino el azote de la irracional represión del estalinismo: el abuelo fue exiliado de su aldea en 1931, un tío apresado por "saboteador" en 1935, su padre arrestado sin cargo alguno en 1937. Ingeniero politécnico, fue de los expertos que ingresaron al partido en el apogeo del reformismo jruschoviano, en 1961. Quince años después llegó a primer secretario del partido

de Sverdlovsk, en los Urales, sin padrino visible, con fama de trabajador y poco dócil a los dictados del aparato. Intuitivo, áspero, abrupto, muy directo, seguramente Yeltsin no hubiera superado los estadios medios de la *nomenklatura* de no haber sobrevenido la *perestroika*, y aún más, si su futuro adversario Yegor Ligachov, cercano a Gorbachov, no lo hubiera recomendado calurosamente para ejercer trabajos de dirección en Moscú. Como gustaba observar Isaac Deustcher, ironías de la historia.

Desde el mismo momento en que Yeltsin, a regañadientes, se instaló en Moscú y, casi de inmediato, se encargó del comprometido puesto de primer secretario del partido en la capital —reemplazando a un peso pesado del brejnevismo, el oscuro Viktor Grishin— comenzó la tensión con el secretario general. En principio, diferencias de estilo, choque entre caracteres fuertes y dispares. No hay que disminuir la importancia de la rivalidad y la mutua antipatía en los orígenes mismos de un duelo que, con papeles trocados, sigue hoy vigente, expresándose en periódicos y virulentos desafíos. Pero junto con las incompatibilidades personales, el conflicto hunde sus raíces en dos concepciones acerca de los contenidos y ritmo del proceso de reformas y también respecto del futuro posible de la sociedad, que se fueron mostrando como radicalmente opuestas y excluyentes. Las encontradas historias personales de Gorbachov y Yeltsin son el magma del que emergen balances distintos de la historia, resultados y perspectivas de siete décadas y media de poder soviético. La naturaleza de la política y la función de la democracia en la URSS adquieren formas e instrumentaciones irreductibles en los modelos y prácticas de los dos dirigentes.

Con mayor o menor aquiescencia de nuestra parte, hemos sufrido el bombardeo de la *gorbimania* occidental, que asignó papeles de héroes y villanos. Mijaíl Sergeyeovich ha tenido "buena prensa", mientras que Yeltsin ha aparecido rodeado de sospechosas historias de faldas y botellas, que han mantenido su credibilidad en un nivel poco apreciable. Del estadista sereno y responsable, abrumado por las dificultades y la incompreensión, al populista demagogo e improvisado. Del futuro razonable, al peligroso abismo de la anarquía. Entre las virtudes de los trabajos que reseñamos, es sustantiva la de corregir el libreto y sacudir el estereotipo. La presentación de Gorbachov y Yeltsin es mucho más matizada, alejada de la apología o la admiración boba, tratando de interpretar un proceso de alta complejidad y dinamismo, y de visualizar a los dos dirigentes interactuando con las tendencias sociales que representaban y a las que ayudaban a consolidarse y a tomar forma definitiva.

Los antecedentes de los autores son disímiles, y esto agrega condimento al platillo. Heller es un intelectual crítico, hostil al régimen soviético, preocupado por las marcas permanentes dejadas en él por el estalinismo, estigmas que ya ha explorado en dos urticantes libros anteriores. Su imagen de Gorbachov como una suerte de heredero final del tirano resulta a todas luces excesiva y es, además, injusta. Sin embargo, su hipersensibilidad a la herencia indeleble de Stalin hace que resalte algunas continuidades asignables más al sistema que al hombre. Frente a la creación propagandística de un Gorbachov integralmente democrático desde 1985 o antes, resulta saludable recordar las concepciones y políticas de un secretario general más preocupado por la ampliación de su base de poder y la supervivencia del sistema soviético que afecto a un pluralismo político democrático del que se sentía alejado y ajeno. El Gorbachov de Heller no es convincente, por la sencilla razón de que no le reconoce el hecho elemental de la sinceridad de su proyecto reformista, convirtiéndolo

así sólo en un ventrilocuo maquillado de la esencial maldad sistémica leninista-estalinista.

Solovyov y Klepikova son un matrimonio de periodistas con comprobada militancia en las filas de la disidencia, lo que los condujo al exilio a finales de los años setenta. Comprometidos con la *perestroika*, se confiesan sin embargo simpatizantes de Yeltsin, aunque no al punto de la incondicionalidad. De esta manera han transitado un camino bastante original que los distingue de la mayoría de los intelectuales de avanzada soviéticos, que adhirieron sin reticencias a Gorbachov. Su libro es el que mejor nos acerca a un Yeltsin de carne y hueso, a su contradictorio camino hacia la democracia, a la comprensión de un hombre complejo, de enorme fuerza intuitiva, el que mejor traduce aquello de la impulsividad, generosidad e incluso imprevista brutalidad de lo que dio en llamarse "el alma rusa". Lo impredecible de Yeltsin, su quizás no agotada capacidad de dar sorpresas, es un elemento lo suficientemente subrayado y aquilatado en los propios rasgos biográficos, como para ser tenido en cuenta en la evaluación del posible próximo curso de los acontecimientos. La pregunta de los autores, sin embargo, es inquietante: ¿Tiene Yeltsin futuro? ¿Tiene Rusia futuro? Decisiva para el escenario actual, tiene difíciles y múltiples respuestas. A un año del punto final de Solovyov y Klepikova, superado el invierno de 91/92 que agujijoneaba de angustia a toda Rusia, otro de los interrogantes que plantean ya fue develado. Yeltsin no parece un político exhausto o agotado en la tremenda lucha por el poder, sino un hombre decidido a dar nueva batalla —con una sorprendente astucia y sutileza para lo que de él se suponía— en la recuperación y transformación de Rusia.

La simpatía no exenta de distancia que los autores expresan por Yeltsin es paralela a una sorda pero omnipresente animadversión razonada hacia la política y la figura de Gorbachov. Levantan un acta de acusación por la degradación de la *perestroika*, por su ambición desmedida y su oportunismo político, que no deja de presentar muy sólidos argumentos, con un estilo chispeante y contundente. El plato fuerte está al final: la confusa actuación de Gorbachov durante el golpe de agosto los lleva a concluir en su completa complicidad en la acción de los complotados del Comité de Emergencia. El golpe, de acuerdo con ellos —y según toda evidencia sería la opinión de los círculos más allegados a Yeltsin— no se hizo *contra* Gorbachov, sino *con su completa autorización*. La liquidación de la emergente democracia rusa como única salida para su bancarrota política. Esto explicaría la falta de coherencia del golpismo: poner límites sin negar totalmente las reformas, preparando el camino para un retorno de Gorbachov al poder con un terreno despejado de obstáculos, y en especial de uno principalísimo: Yeltsin. Arriesgada hipótesis, pero sostenida con contundencia argumental y fuerte lógica política. Muchos entretelones están todavía ocultos y constituyen enigmas apasionantes.

Nuestro tercer autor, Morrison, es un egresado de Oxford, con extensa experiencia periodística internacional que culminó con seis años de estadía en Moscú como corresponsal de Reuters. Su libro es resultado de ese particular seguimiento de la *perestroika*, intercalando la vivencia directa con dos años de investigación (1990-91) en uno de los templos de la soviología occidental, en Harvard University. Con una buena dosis de equilibrio y serenidad, es quizás el mejor medio para introducirse a la comprensión de todo el proceso; también para aquilatar sin apasionamiento la extraordinaria carrera política de Yeltsin. El aporte más original radica en mostrar que por detrás del aparente espontaneísmo e impulsividad del accionar de Yeltsin, se fue estructurando un proyecto

de gran claridad que reposaba en la conciencia de apoyarse en el creciente protagonismo autónomo de la población, que aislaba cada vez más al Partido Comunista, como única vía de acceso a las reformas profundas que reclamaba la sociedad. Su fuerza radicó en este punto: encarnar el movimiento democrático que entre 1989 y 1991 acentuó su definición y radicalidad, dejando al aparato del PCUS primero a un lado y, finalmente, *en contra* de este pensamiento inmensamente mayoritario. Junto con ello, la comprensión profunda de la irreversibilidad del proceso de las nacionalidades, que hacía imposible todo intento de ponerle freno y descolocaba permanentemente a su rival, Gorbachov, empeñado en preservar la URSS. Y, por fin, una gran habilidad en cuanto a lograr apoyo en las fuerzas armadas, sobre la base de un adecuado manejo de alianzas fundamentadas en el sentimiento nacional ruso. Las claves del éxito de Yeltsin en la derrota del golpe de agosto radicaron en el brillante manejo de estos tres factores, frente a un proyecto carente de coherencia, credibilidad y consenso. La caída final de Gorbachov, vaciado ya de poder real, sólo fue cuestión de escaso tiempo.

\* \* \*

La necesidad de reformas profundas al sistema soviético no fue una elaboración de Gorbachov, quien gustaba además vincularse con la gran tradición reformista rusa, desde los decembristas de 1825 al zar Alejandro II, liberador de los siervos y de gran brillo en el imaginario ideológico del gorbachovismo. La reforma fue ya el nervio sensible de toda la gestión de Jruschov, y a pesar de su derrocamiento en 1964, siguió siendo uno de los principales temas de la política soviética y un postulado básico del primer ministro Alexei Kosyguin, por lo menos en lo referido al sistema de economía centralmente planificada, que ya daba signos de obsolescencia. Recién en 1968, luego de la invasión a Checoslovaquia y el fin de la "primavera de Praga", la línea conservadora encabezada por Leonid Brejnev alcanzó la hegemonía e impuso la extrema rigidez política y la esclerosis social que fueron adecuadamente sancionadas por la denominación, acuñada durante la *perestroika*, de "época del inmovilismo".

Brejnev no sólo elaboró un neoestalinismo conservador en lo interno, sino que se lanzó a un peligroso aventurismo exterior que aceleró la ruinoso carrera armamentista e incrementó la hipertrofia del sector militar en la ya profunda desequilibrada economía soviética. Sus males de origen, las malformaciones y traumas fundacionales del periodo estalinista—el horror de la colectivización forzosa de la que nunca pudo recuperarse la agricultura, el predominio de la industria pesada a niveles de lo absurdo, la kafkiana pesadilla del plan omnipresente y la racionalidad fundada en el privilegio absoluto de lo cuantitativo sobre lo cualitativo— se potenciaron a extremos de tal gravedad que a comienzos de la década de los ochenta la crisis adquirió proporciones muy severas, al punto de amenazar con un colapso generalizado a todo el sistema.

La percepción de la inviabilidad económica, social y política de la URSS bajo las condiciones del "inmovilismo", fue haciéndose más aguda entre los miembros lúcidos de la alta dirección del PCUS a fines de los años setenta, en la creciente opacidad del "fin de reinado" brejneviano. Junto con ella, se reactualizó la necesidad ineludible de una reforma. Fue en este clima en el que Gorbachov logró su ascenso a la cumbre

de la jerarquía comunista: el Secretariado y el Politburó del Partido. El diagnóstico de crisis profunda e inviabilidad estratégica del sistema soviético tal como se manifestaba a comienzos de la pasada década, estuvo en la base del nombramiento y del programa de Yuri Andropov. Aunque muy breve, su gobierno fue el verdadero semillero de cuadros e ideas del proyecto reformista que luego se desplegaría con la *perestroika* gorbachoviana. El mismo Gorbachov asentó su carrera definitivamente durante este período, y cimentó su supremacía en el núcleo dirigente del Kremlin que luego sería su propia base de poder.

El planteamiento básico de Andropov, retomado por Gorbachov en la primera etapa de la *perestroika*, fue el de la necesidad de incrementar la productividad de la economía soviética. Los puntos estratégicos del programa fueron abordar la grave crisis ecológica poniendo fin al despilfarro de recursos, enfrentar la corrupción en los distintos escalones de la administración, mejorar la integración de la agroindustria, principalmente la alimentaria, y poner el acento en el reforzamiento de la disciplina laboral, muy afectada por el desánimo provocado por la falta de incentivos y perspectivas y, en especial, por el flagelo del alcoholismo. Resulta sorprendente la timidez de las reformas proyectadas frente a la magnitud del desafío, inclusive medidas por el rasero soviético anterior, el coherente programa de Kosyguin asentado en el recorte de autoridad de los planificadores centrales y el sustantivo aumento de las autonomías locales y de empresa. Hubo un ingrediente voluntarista e ideologista más cercano a la época jruschoviana, con sus secuelas de espontaneísmo, improvisación y, a la postre, frustración. Cuando la dirección del Partido comprendió la necesidad de avanzar más profundamente hacia una economía de mercado, el desorden y desprestigio político era tal que resultaba imposible una evolución ordenada y controlada desde el poder.

En este punto —el del control—radica en realidad el centro de la cuestión. ¿Estaba Gorbachov decidido a modificar en profundidad el esquema de poder político en la URSS? ¿Cuánto de componente *gatopardista* hubo en el planteamiento de las reformas? ¿Era, en definitiva, *reformable* el sistema soviético? El programa de Gorbachov era orientar una "revolución desde arriba", manteniendo la supremacía de un PCUS *aggiornado*, no ya desde la represión y el sofocamiento de toda alternativa diferente, sino en base al manejo de un consenso social hegemónico en la sociedad, montado sobre el proyecto socialista y la indispensable estructura del Partido-Estado para su gestión. La distinción central de Gorbachov respecto de anteriores reformistas tales como Kosyguin y Andropov, y lo que lo emparenta con Jruschov, es la clara percepción de que ninguna reforma económica tendría éxito si no se acompañaba de una fuerte dosis de liberalización política. Por eso, junto con la *perestroika* se planteó la *glasnost*, el programa de transparencia de información como camino para elevar los niveles de democracia en la vida política soviética.

Esta concepción fue, a la vez, la fuerza y la debilidad de Gorbachov. Fuerza, en la medida que no lo colocaba como fiel de la balanza en el centro del tablero del poder, mientras fue capaz de dosificar la cuota de apertura y de reforma junto con las concesiones a los grupos conservadores que acompañaban al proceso con sus *propios* objetivos de revitalización del estado soviético. Debilidad, cuando a las limitaciones impuestas al cambio democrático intrínsecas que debían modelar el proceso —en lo fundamental, preservación de su espacio de autoridad personal, o aún su ampliación— se sumaron las cada vez más claras muestras de ineficacia de las medidas tomadas

para la dinamización de la economía, con un creciente deterioro de las condiciones y nivel de vida de muy amplios sectores de la población.

Las marchas y contramarchas de Gorbachov, su indecisión, los virajes en las alianzas, la incongruencia de sus planes, fueron en realidad reflejos de la ambigüedad de su proyecto y de la multiplicidad de tensiones contrapuestas a las que estuvo sometido. La principal base política de Gorbachov era el aparato del PCUS, ganado en su mayoría para una reforma moderada que no atentara contra lo esencial de su situación privilegiada, y que al corregir los problemas más evidentes de la economía y la sociedad soviética lo reasegurara contra los potenciales efectos devastadores de una crisis. Las incertidumbres y crecientes desafíos al poder y a la existencia misma de la *nomenklatura* durante el transcurso de la *perestroika*, atemorizaron más y más a los *apparatchiki*, que finalmente abandonaron a Gorbachov a su suerte, sin encontrar un liderazgo y un programa de reemplazo. Los reformistas radicales del interior del PCUS, del tipo de Shevarnadze o Yakovlev, también terminaron apartándose de Gorbachov, exasperados por sus compromisos con el ala "conservadora" y sus titubeos y debilidades para aplicar medidas decisivas. El gran arco de acuerdo reformista sobre el que Gorbachov había edificado su liderazgo se desgranó, dejándolo completamente aislado. Sus excelentes habilidades tácticas sólo le alcanzaron para postergar el momento de la verdad, al que lo condenaba su fracaso estratégico.

Es importante definir con mayor precisión a los actores. A lo largo de la *perestroika* se denunció con frecuencia creciente a las "fuerzas conservadoras" que la obstaculizaban o pugnaban por su liquidación. Yeltsin hizo de esto su convocatoria permanente de batalla —su caída en desgracia a fines de 1987 en el PCUS, se debió precisamente a su enfrentamiento con Ligachov, el número dos del Politburó y jefe de fila de los reformistas moderados—, y el mismo Gorbachov apeló reiteradamente al espantajo de la regresión política para afirmar la necesidad de su liderazgo como factor estabilizador indispensable. Sin embargo, la suerte del proceso político soviético ha tenido y seguramente tendrá mucho que ver con las peculiaridades específicas de estos sectores llamados "conservadores", por lo que cabe intentar precisiones que vayan más allá de su denominación genérica.

Una primera distinción debe hacerse entre los grupos pertenecientes al PCUS y las fuerzas políticas y sociales no comunistas, con ideologías y programas conservadores o abiertamente reaccionarios. En el Partido Comunista, el ascenso de Gorbachov provocó la eliminación definitiva de los cargos de dirigentes de los miembros recalcitrantes del antiguo "clan Brejnev", que a la muerte de Andropov habían sido todavía lo suficientemente poderosos como para entronizar a Chernenko, perpetrando así un fallido intento de regresión a la postre fracasado, y que sirvió para ilustrar la *impasse* en la que estaba sumida la gerontocracia superviviente, cuya única desvalida propuesta era la de prolongar un *status quo* imposible a todas luces.

A la muerte de Chernenko, la decisión del canciller Gromyko de apoyar a Gorbachov resultó decisiva en la correlación de fuerzas, al dejar aislados a los partidarios duros del antiguo régimen: Viktor Grishin, secretario del PCUS en Moscú, y Gregori Romanov, jefe desde el Secretariado del Comité Central del complejo militar-industrial. La consagración de Gorbachov, a pesar de cierta impresión general de consenso, no fue fácil y lo obligó a contemporizar con los brejnevianos reformistas, a los que expresaba Gromyko, y con los que sólo pudo romper a fines de 1988. Junto con los brejnevianos

conversos a la reforma, estaba el sólido grupo andropoviano, cuya fuerza ya a comienzos de 1986 era tal —por los grandes cambios de personal dirigente en el Partido y en el Estado— que salvo algunos pocos trasnochados, nadie podía plantear un retorno al brejnevismo. El perfil clásico de este grupo, *que siempre aceptó a Gorbachov como dirigente indiscutido*, fue el del *nomenklaturista* "administrador", que asumía el cambio generacional y prefería mantener en un prudente olvido los errores del periodo del "Padre de los Pueblos", mucho más preocupado por la eficiencia y la técnica que por la ideología. Tipo universal en las sociedades del "socialismo real", heredero y usufructuario de los tiempos heroicos, pero ansioso de disfrutar ya su herencia. Modelo de Voslensky en *La Nomenklatura*, criaturas ideales del lema del líder chino Teng Hsiao-ping: "No me importa si el gato es blanco o rojo, lo que interesa es que cace ratones". Debemos subrayar un aspecto esencial. A pesar de su asimilación, por razones inmediatista de la lucha política, a la categoría de "conservadores", esto no significa que fuesen esencialmente antirreformistas. Por el contrario, se sentían incluidos en una *perestroika* de ritmo lento, que mejorara la gestión del Estado soviético y la eficiencia de la economía, y que llegase a practicar una moderada apertura política, sin que cuestionase el punto nodal del sistema, el completo predominio del PCUS en todos los aspectos de la vida social, ni los privilegios básicos de la *nomenklatura* como clase dirigente de la sociedad soviética. Esta tendencia estuvo muy bien personificada por Ligachov y Rizhkov, y finalmente fueron el soporte de los conjurados de agosto de 1991.

El otro apoyo importante de Gorbachov, ajeno al aparato del Partido, fue el de los intelectuales —periodistas, escritores, científicos, artistas— de una amplia gama política-ideológica, integrada por marxistas "liberales" (en el sentido aproximado al que dan los anglosajones al término), "ex-jruschovianos" y "liberales pro-occidentales", todos fervientemente antiestalinistas y partidarios del "deshielo" cultural y político preconizado por la *glasnost*. Constituían el nexo más inmediato con la tradición reformista y aperturista de Jruschov, a la que pretendían suceder y completar. Su paradigma es la figura del físico Andrei Sajarov. De este grupo intelectual tampoco se desprendía —al menos inicialmente, y en muchos casos nunca— una posición rupturista con el sistema, sino que más bien alentaba una transición moderna y una democratización paulatina, con el objetivo final de "socialdemocratizar" a la URSS.

Las tensiones entre las dos corrientes eran claras y evidentes, pero el conflicto era mediatizado por la función arbitral de Gorbachov, por su juego pendular hacia uno u otro extremo, alentando posiciones reformistas avanzadas durante un periodo, y brindando apoyo luego a reacciones de moderación o aún de dureza para poner freno a "excesos" en las propuestas o en la dinámica. El agotamiento del centrismo gorbachoviano sobrevino con la agudización de la crisis económica y la intensidad de las rupturas de las nacionalidades, en el segundo periodo de la *perestroika*, a partir de fines de 1988. El intento de Gorbachov de cambiar la base de legitimidad de su poder, del PCUS a las instituciones estatales fracasó, al confrontarse con las tendencias más radicales de cambio. En el juego democrático, el padre de la *perestroika* quedó identificado como el hombre del *status quo*, incapaz de llevar adelante modificaciones de fondo. El momento de Yeltsin se acercaba.

A poco más de un año del golpe de estado fallido de agosto de 1991, último y desesperado intento de salvar el sistema comunista soviético de un naufragio anunciado e inevitable, la magnitud de los cambios es inmensa y su comprensión y diagnóstico desafía la imaginación de actores y observadores. La figura central de este periodo ha sido Boris Yeltsin. Estrella en ascenso, después de la dura recuperación de 1987-89 en la que padeció la travesía del desierto en el ostracismo impuesto por Gorbachov, forjó su leyenda y aseguró un inmenso capital político precisamente en las jornadas de agosto que sellaron la suerte de su adversario y del "socialismo real". Un capital que, pese al enorme desgaste soportado, puede juzgarse todavía vigente y sin competidor visible. Últimas encuestas rusas señalan que Yeltsin es diez veces más popular que Gorbachov, cuyo desprestigio y falta de credibilidad es casi total.

Jan Krauze ha comparado la actitud de Gorbachov durante el periodo terminal de la crisis soviética —20 de diciembre de 1990, renuncia de Schevernadze denunciando una cojura golpista/ 19-21 de agosto, golpe de estado; Yeltsin: "los reaccionarios no pasarán"/ 24 de diciembre de 1991, disolución de la Unión Soviética— con la de alguien que en un incendio que amenaza con consumir toda la casa, se arriesga y pierde tiempo y energía en rescatar recuerdos personales, en vez de combatir activamente el siniestro. Yeltsin, por el contrario, advertido de que el sistema era insalvable, se lanzó con audacia al centro mismo de la corriente del cambio, encabezándola y dándole forma cuando arengaba desde un tanque convocando a la resistencia antigolpista, llamando a la huelga general, permaneciendo en el asediado edificio del Parlamento ruso, coordinando esfuerzos internos y la solidaridad externa y, finalmente, prohibiendo la actividad del PCUS en todo el territorio de la Federación Rusa. En esos cuatro febriles días Yeltsin labró los cimientos del nuevo poder, liquidando a la vez la base de sustentación del golpismo y del propio Gorbachov y erigiendo una única legitimidad, la presidencia de la Federación Rusa, elegida meses antes por sufragio universal y secreto por primera vez en un milenio de historia.

En diciembre de 1991, en Minsk, la "estocada final" a Gorbachov. Junto con los presidentes de Ucrania y Bielorrusia, Yeltsin constató la defunción de la URSS, y sobre ese hecho consumado se trazó el bosquejo de una nueva asociación, la Comunidad de Estados Independientes. Forma de empujar a Gorbachov a su salida final, mientras el presidente de la URSS todavía se aferraba a los vestigios de su pasado poder, desaparecido en los hechos todo orden central luego de la votación ucraniana en favor de la independencia. Sin embargo, la magnitud de su éxito alimentó suspicacias respecto de Yeltsin. Nadie olvidaba que antes que soviético, el imperio había sido ruso. Y, sin duda, el mantenimiento de una moneda y fuerzas armadas comunes era vista desde Moscú como fuertes instrumentos para ejercer una influencia, no por discreta menos determinante, sobre sus vecinos y socios comunitarios. Ilusiones. Las mismas fuerzas centrifugas que jaquearon la URSS de Gorbachov, pusieron freno a las pretensiones hegemónicas de la Rusia de Yeltsin. La desintegración de la URSS es irreversible, Rusia debe replegarse sobre sí misma y nuevas y complejas formas de asociación y agrupamiento irán elaborándose sobre el mapa del antiguo imperio zarista-estalinista-brejnevista. La CEI resulta sólo una laxa estructura, un contenedor para negociar la disolución y evitar que la multiplicidad de conflictos locales desemboquen en una

conflagración de todos contra todos. Hasta ahora, en esta acotada condición, ha mostrado su utilidad y logrado relativo éxito.

En el interior de Rusia, pasada la euforia que nutría el consenso, ha comenzado a crecer una fuerte oposición, alimentada desde distintos ángulos ideológicos, pero basada por igual en las crecientes dificultades de la transición. Adecuadamente definida, además, por Guennadi Burbulis —un íntimo colaborador de Yeltsin— como "gigantesca y ajena a todo precedente histórico". Por un lado los comunistas y por otro los "patriotas" rusos, los monárquicos y los eslavistas, han encontrado en la política internacional de Rusia, en su pérdida de condición de superpotencia y en los problemas de las minorías rusas en los países ex-integrantes de la URSS, un pretexto para la crítica y una bandera de aproximación en un frente que converge contra Yeltsin, cuyo nombre es asociado a esta "decadencia" de la "Madre Patria", expandiendo a consigna de que el presidente "recibe órdenes desde Washington" entre amplios sectores populares.

Yeltsin es un dirigente que edifica su estilo y su política sobre un fuerte pragmatismo y una amplia flexibilidad. Gusta de sacrificar lo accesorio por lo esencial, distinguiendo con precisión lo que constituye *lo esencial*, aunque el precio sea muy alto. Por ejemplo, sacrificó una buena parte de su "fuerza de choque" nuclear sin recibir una contrapartida adecuada de los Estados Unidos, pero sobre la base de que en junio de 1991 lo esencial era mostrar tanto a Bush como al Capitolio que el presidente y el Congreso ruso eran merecedores de igual o mayor confianza que la dispensada a Gorbachov y al Soviet de la URSS en el pasado inmediato. Misiles por credibilidad, llave maestra de los créditos indispensables para la supervivencia y reconversión de la economía.

Desde el otoño de 1991 Yeltsin comprometió a Rusia en el camino de un radical cambio económico, fundado en la brutal liberación de precios y en la acción irrestricta de las fuerzas del mercado. La dureza de las medidas se acompañó con el anuncio de que los primeros resultados favorables expresados en una estabilización de la economía se apreciaría en el otoño de 1992, como premio del esfuerzo realizado. Sin embargo, la mejoría no se ha presentado, el aumento de precios continuó incrementándose, amenazando con convertirse en una hiperinflación e, inclusive, la dirección misma del proceso aparece como dubitativa. Los reformistas radicales —grupo de "jóvenes lobos" con formación económica a la occidental, dirigido por Egor Gaidar, primer ministro en funciones— si bien conservan la conducción, pueden ver como Yeltsin pone distancia y aprieta el freno del proceso de liberalización extrema y de la ortodoxia aconsejada por el FMI. Los representantes del complejo industrial han logrado —al parecer— contrabalancear en el ánimo del presidente la influencia de los reformistas rusos. Los tres objetivos formalmente proclamados: rápida privatización de toda la economía, convertibilidad del rublo y liquidación de las empresas no rentables parecen como diferidos a un futuro más mediato. Por lo pronto, la vía de privatización mediante bonos populares sólo reafirma la preeminencia de los antiguos grupos de gestión de las empresas o de las nuevas "mafias" económicas cuyas acciones ya no son disimulables, ahora como beneficiarios últimos de este "capitalismo popular" thatcheriano, que pretende convertir en accionistas a millones de rusos a través de los "cheques de privatización". Vía similar a la de Checoslovaquia y Polonia, y que difiere de la de Hungría, que ha preferido vender las empresas estatales a cualquier postor que desee comprar dentro de un esquema de propiedad clásico. De hecho, los tenedores

de los cheques de privatización buscan convertirlos en dinero constante y sonante y los venden a los acaparadores. Las vías de la "acumulación originaria" son muchas más variadas, como se ve, que las que describió Marx en su célebre capítulo de *El Capital*.

¿Ha finalmente descubierto Yeltsin la opacidad de la realidad, su testadura resistencia a los exabruptos revolucionarios? El, que hizo de la denuncia de la "indecisión" y la "falta de coraje" de Gorbachov su principal arma política, parece irse enredando cada vez más en una "política de balance" que hace del compromiso la clave de la permanencia en el poder, con el alto costo de duda y parálisis que necesariamente conlleva en circunstancias de extrema urgencia. Después de dar a su rival espectaculares lecciones de democracia de masas, parece reencontrarse a su vez con los viejos reflejos y artes de pasillo de los *apparatchiki*.

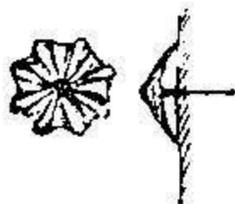
No sólo en la economía surgen las dudas. También en el terreno de las irrestrictas libertades públicas logradas en los últimos años aparecen nubarrones. Nuevos órganos gubernamentales como el Consejo de Seguridad, con atribuciones tan vagas como extensas, suscitan la preocupación de los demócratas y liberales. Lo mismo ocurre con el aumento de la presencia en el entorno presidencial de burócratas y funcionarios impregnados de "sovietismo", desempeñando además puestos claves. No es desdeñable tampoco la amenaza que representa la tendencia política del nuevo ministerio de Defensa ruso y su estado mayor. El vicepresidente Rutskoi, un militar que desempeñó un papel importante en los acontecimientos de agosto de 1991, no deja ahora de hacer llamados al restablecimiento del "orden" y a la "firmeza" del poder ejecutivo, no siendo desconocidas sus inclinaciones hacia el nacionalismo ruso más extremo. En el mismo Yeltsin suelen aparecer los clásicos rasgos autoritarios de los jefes soviéticos, seguramente muy internalizados por quien se desempeñó como primer secretario del PCUS en Sverdlovsk durante largos años.

Es cierto que, en contrapartida, Yeltsin lleva una enconada lucha contra el Parlamento mayoritariamente conservador (en el sentido ya aclarado antes), heredado del viejo sistema electoral controlado por el PCUS. El presidente ha denunciado en forma reiterada al Congreso como el gran freno de las reformas, pero no ha podido o no ha querido impulsar una consulta popular que institucionalice la preeminencia presidencial, concedida por ahora por los diputados como facultades extraordinarias a plazo fijo y revocables. Yeltsin tampoco se ha arriesgado a la convocatoria de elecciones anticipadas para la renovación parlamentaria. Ha preferido mantener un apoyo político difuso, en relación directa con la gente —con clara impronta populista— más que constituir un partido orgánico que lo sostenga. La Unión Cívica, organizada tras las banderas del apoyo a Yeltsin y a las reformas, defiende en realidad los intereses de una superviviente *nomenklatura* que sigue controlando los mandos centrales de la economía.

El desencanto posterior al brillo de las jornadas de agosto de 1991 fue casi inmediato. La escalada de los precios, el borramiento de los valores que durante más de setenta años pautaron a la sociedad soviética, el pillaje generalizado de los bienes públicos, el incesante incremento de la corrupción, la sensación de que todo está en venta —hasta se sugirió, medio en broma y medio en serio la enajenación de la momia de Lenin y la subasta de los archivos del PCUS y la KGB—, el retorno de soldados del exterior que no encuentran otro alojamiento que barracones miserables, el fantasma

creciente del desempleo, alimentan la nostalgia por los "buenos tiempos" de Stalin o la "edad de oro" de Brejnev, o el escepticismo fatalista, que ven a Rusia como signada por el fracaso histórico. El que hasta ahora los comunistas sigan siendo una minoría desarticulada y poco significativa y el que la amenaza de explosiones sociales todavía no se ha concretado, habla de la cuota de expectativas que pese a todas las dificultades todavía concita el nuevo régimen y, también, factor sustantivo, de la credibilidad personal de Yeltsin. El crédito, sin embargo, puede no ser inagotable. El futuro de Rusia sigue abierto en una dirección difícilmente predecible en momentos en los que, diciembre de 1992, se inicia otra severa prueba de fuerza entre el Parlamento y Yeltsin.

*Horacio Crespo*



## Universidad: debatir el modelo

Francisco Delich, *La Invención de la Universidad*,  
 Tomo I, FUNDECO, Córdoba, 1988, 155 págs.,  
 Tomo II, Ed. EUDECOR, Córdoba, 1990, 126 págs.  
 Tomo III, Ed. EUDECOR, Córdoba, 1991, 142 págs.

La ausencia de un debate abierto y desprejuiciado sobre la Universidad y acerca del modelo requerido en los umbrales del siglo XXI, ha sido una constante en los últimos años de nuestro país, tanto dentro como fuera de la comunidad universitaria. Ha primado la coyuntura o el discurso ideológico y salvo excepciones pocas veces ese debate fue recogido en textos de los especialistas que abordan los problemas del sistema educativo argentino.

La vuelta a la democracia significó para las universidades nacionales la reconquista de la autonomía y el florecer de un pluralismo en las ideas, —razón misma de su existencia— brutalmente segado por la dictadura militar. Sin embargo, la propia comunidad universitaria, urgida por los problemas inmediatos de una matrícula masiva que irrumpió como torrente largamente contenido, no supo afrontar ese debate esencial sobre la institución que debía transformarse a sí misma y procurar los argumentos y propuestas que la cimentaran. La discusión sobre el presupuesto, o sobre su exigüedad, ocultó los núcleos fundamentales de la cuestión.